

de la posible solidaridad de los estudiantes con movimientos o causas extrauniversitarias, el gatillo indefectible de la violencia estudiantil es el asunto de la autonomía. Es éste, como se demuestra a lo largo de la obra, el nexo fundamental y el más explícito de todos los matices que ha tomado este histórico conflicto. De su análisis como elemento liberador se pueden alcanzar conclusiones fundamentales acerca de la naturaleza del sistema político mexicano.

Francisco ARCE GURZA
El Colegio de México

María del Carmen VELÁZQUEZ: *Cuentas de sirvientes de tres haciendas y sus anexas del Fondo Piadoso de las Misiones de las Californias*. México, El Colegio de México, 1983, 338 pp.

En el prólogo a la obra, la autora explica que se refiere a ciertas tres haciendas del Fondo porque en el Archivo General de la Nación encontró una información detallada sobre los trabajadores de esas haciendas. Su propósito lo define con las palabras siguientes: "No pretendo hacer una contribución a la historia de esas haciendas, sino sólo averiguar cuantos trabajadores servían en ellas, en qué trabajaban, cuanto ganaban, qué cuentas les hacían los administradores, en el año de 1803. Este estudio es pues 'materia ordinaria'". El propósito es limitado y bien modesto.

De acuerdo con él, la obra consiste en gran parte de cuadros, varias docenas de ellos (la autora no emplea la numeración progresiva sino enumera los cuadros por separado para cada hacienda y cada hacienda o rancho anexos). Los cuadros empiezan en la p. 144 y terminan en la p. 327, según un índice detallado de ellos. Sin embargo, no se localizan luego porque en las páginas correspondientes falta la paginación. Las primeras 141 páginas del libro son lo que propiamente debería ser la introducción a los cuadros.

La obra se dirige principalmente a los estudiantes en general y a los estudiosos especializados. Antes de examinar en detalle

los cuadros, los estudiantes querrán saber determinadas cosas como, por ejemplo, lo que fue el Fondo Píadoso de las Californias. La autora habla de ello en sus primeros capítulos, pero por si esto resulta demasiado largo, Lucas Alamán como Ministro de Relaciones proporciona los datos básicos en sus informes a la Cámara de 1830 y 1831, reproducido en *Obras Completas, Documentos Diversos*, T. 1, p. 219, 234 y 311ss, ed. Jus, datos resumidos en Bazant, *Los bienes de la iglesia*, p. 24ss.

Los estudiantes querrán saber aún más: la ubicación de las haciendas y su cercanía o distancia de las vías de comunicación existentes en 1803, pues esto influye en los precios y los salarios. Es verdaderamente una lástima que la obra no contenga un mapa general y mapas seccionales que den mayor detalle. Por ejemplo, si una hacienda es pequeña y alejada, sus peones (habitantes) tendrán poca oportunidad para conseguir alimentos y trabajo adicional y su nivel de vida sufrirá a menos de que tengan un salario más elevado. Con otro ejemplo, sí el clima es caluroso y húmedo, los peones pueden mejorar sus vidas con la cacería, cultivos propios, etc. Ya que la autora casi no proporciona esta información intentaré completarla aquí.

En primer lugar, el título del libro habla de tres haciendas pero su índice menciona ocho haciendas. El misterio se explica en la p. 14: las tres haciendas son las siguientes: San Agustín de los Amoles con sus anexas San José de Buenavista, Cabras y rancho de engorda, Ovejas Huasteca y rancho de Dolores; San Ignacio del Buey con sus anexas Carroalto, Tampugeque, Casas Viejas y San Antonio Papagayos; y San Francisco Xavier de la Baya. Su ubicación aproximada se indica en la p. 16 pero me permitiré aquí complementarla: Amoles está al Noreste de Guadalcázar en el altiplano potosino; San Ignacio del Buey está muy cerca de Valles en la Huasteca potosina; y La Baya está como indica la autora, en Tamaulipas, en el Departamento de Villa de San Carlos, o sea no en el sur del Estado sino bastante al norte. No he podido localizarla.

Además, el Fondo tuvo la hacienda de Arroyozarco, al Norte de la ciudad de México, y la de San Pedro Ibarra, por San Felipe, en el Estado de Guanajuato. Pero el libro trata únicamente de las tres haciendas norteñas.

En la tabla de equivalencias, reproducida en la p. xi, falta el sitio de ganado mayor y menor. El mayor = 1 legua² = 1,756

km²; el menor = 780 ha. El sitio de ganado mayor fue la unidad de superficie más importante en el Norte tan vacío. Quizás esta omisión explica el que la autora indique en la p. 11 como la superficie total aproximada de todas las haciendas del Fondo unos 918 km². Sólo San Ignacio del Buey con sus anexas probablemente medía diez veces más. Primo Feliciano Velázquez reprodujo en su *Historia de San Luis Potosí*, T. III, frente a la p. 148, un viejo plano de esa hacienda con una escala en kilómetros y otra en leguas. La forma de la hacienda era sumamente irregular y sus límites en la reproducción no se ven muy bien, pero a grandes rasgos se puede deducir una superficie de 6-7,000 km². (En una nota al pie de la misma página dice la autora que "según tradición oral", recogida por un estudioso, la hacienda abarcaba 6 000 km²). San Ignacio con sus anexas era lo que después se llamó un latifundio. Lo mismo se podría decir probablemente también de Amoles cuya sección agrícola, Buenavista, distaba más de treinta kilómetros del centro de la hacienda. Por desgracia, no se indica el total de cabezas de ganado de pelo y de lana, sobre todo el primero, que al parecer formaba la especialidad de Amoles y del cual se podría deducir a ojo de buen cubero la superficie. Pero por fortuna la obra da el número total de ganados en la tercera hacienda, situada en Tamaulipas (p. 105). Sólo las ovejas sumaban más de 38 000 si se incluyen las "arredradas", las que fueron separadas por causas diversas. Ganado caballar y mular era menos numeroso; aun menos lo era el vacuno. Considerando que La Baya (que también tenía sus ranchos anexos) empleaba unos 200 obreros entre peones agrícolas, pastores, vaqueros y otros, su superficie era por lo menos cien mil hectáreas o sea mil km². Tampoco hay datos sobre las cosechas. En fin, la superficie de las haciendas era mucho mayor que la indicada por la autora, 20 o 30 veces mayor.

A los estudiantes corresponderá examinar en detalle los cuadros. La hacienda más rica era probablemente la del Buey. Se especializaba en el cultivo de la caña. Sin duda, tenía también uno o varios trapiches para fabricar el piloncillo. El cultivo de la caña requiere mucho trabajo; además, el clima permitía toda clase de otros cultivos, de modo que la autora registra más de 400 peones agrícolas en esa hacienda y sus anexas. Sin embargo, en las listas de peones "alquilados" (=eventuales) del primer semestre y del segundo semestre, reproducidas por separado, se

observa que muchos nombres se repiten, de modo que el total es bastante menor.

La autora llega a una conclusión importante: los trabajadores de las haciendas del Fondo ganaban lo suficiente para alimentarse relativamente bien: el maíz que consumían les proporcionaba por persona tres mil calorías, cantidad considerada como suficiente (pp. 113-117). Los peones "acomodados" (=de planta), concluye la autora, "tenían trabajo seguro, más o menos cubiertas sus necesidades de alimento, ropa y auxilios espirituales y mientras no dejaran la hacienda, el endeudamiento no parecía ser carga pesada". Estas conclusiones están de acuerdo con la investigación reciente de otros estudiosos de algunas haciendas mexicanas de la época colonial e independiente.

Jan BAZANT
El Colegio de México

Carlos GUZMÁN BOCKLER: *Donde enmudecen las conciencias: crítica a la historia oficial y a la ideología dominante*. Cuadernos de la Casa Chata, CIESAS, México, 1983.

Guzmán Bockler se propone, según la "Introducción", romper el círculo vicioso mediante el cual la ideología dominante genera un tipo, una versión de la historia que a su vez sustenta al sistema de dominación. Sólo así, —propone— podremos recuperar una perspectiva histórica propia, libertadora. Más tarde —por los títulos de los capítulos— nos enteramos de que la historia y la ideología que se quieren criticar son las de Guatemala (1525-1983).

Quiero confesar de entrada que estoy convencido de que la concepción indígena de la historia (enfanzadora de los elementos repetitivos y organizada alrededor de ciclos cosmogónicos) tiene mucho que contribuir eventualmente al pensamiento historiográfico, cuyos paradigmas actuales están evidentemente en crisis. Se trata más de una convicción intuitiva que de una creencia razonada. Pero debo mencionarla porque, en principio, la escuela a la que pertenecen este autor y este libro se propone precisamente formular planteamientos en ese sentido. De modo tal que comienzo a leer el texto con cierta expectación.